

Ximo Cerdà

LA MANO DE DIOS

algaida



Título original: *La mà de Déu*
Editado en catalán por Barcanova, 2006

Primera edición: 2011

© Ximo Cerdà (Joaquín Cerdà Boluda), 2011
© Algaida Editores, 2011
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-637-9
Depósito legal: M-27.661-2011
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRÓLOGO. Los amantes	13
PRIMERA PARTE. LA ESTRELLA (INVERTIDA)	
CAPÍTULO 1. Cordón policial	27
CAPÍTULO 2. El conservador del Almudí	39
CAPÍTULO 3. La cruz de Benifurt	53
CAPÍTULO 4. Belleza por inteligencia	61
CAPÍTULO 5. Eruditos de barra de bar	75
CAPÍTULO 6. Descartes	91
CAPÍTULO 7. Presentaciones	103
CAPÍTULO 8. Las campanas de San Pedro	117
CAPÍTULO 9. La hora del Ángelus	129
PRIMER INTERLUDIO. Manos desnudas	141
SEGUNDA PARTE. LA TORRE	
CAPÍTULO 10. El ahorcado	147
CAPÍTULO 11. Desde el infierno	161
CAPÍTULO 12. Personas humanas	171
CAPÍTULO 13. Islas y vírgenes	189
CAPÍTULO 14. La ascensión	207
CAPÍTULO 15. Primeras respuestas	227
CAPÍTULO 16. El viejo profesor	241

CAPÍTULO 17. Sucesos simultáneos	257
CAPÍTULO 18. Sumas y restas	269
CAPÍTULO 19. El castillo de Xàtiva	281
CAPÍTULO 20. Multitudes	295
CAPÍTULO 21. Momentos desesperados	309
CAPÍTULO 22. El terror conocido	323
CAPÍTULO 23. Segunda ascensión	335
CAPÍTULO 24. Calma que precede a la tormenta	353
SEGUNDO INTERLUDIO. Lirios	375
TERCERA PARTE. LA MUERTE	
CAPÍTULO 25. La ausencia	381
CAPÍTULO 26. Cambio de planes	391
CAPÍTULO 27. La mano de Dios	413
CAPÍTULO 28. Suposiciones	429
CAPÍTULO 29. Las cosas se tuercen	441
CAPÍTULO 30. El fuego camina conmigo	459
CAPÍTULO 31. Imágenes a cámara lenta	473
CAPÍTULO 32. Decisiones	485
CAPÍTULO 33. La hora de las revelaciones	497
CAPÍTULO 34. <i>Flashback</i>	513
CAPÍTULO 35. El gran final	529
EPÍLOGO. Después de la muerte	567

A mis padres, que me enseñaron a amar
las calles de la ciudad en que nací.

A mi hermano, que me enseñó a amar
a sus gentes.

A mi esposa, que me enseñó a amar
también todo lo que hay fuera de ella.

*Este libro habla de una ermita gótica
en ruinas, situada en una montaña
ancestral y mítica, en una pequeña y
emblemática ciudad de la culta Europa.
Quien os acompaña en esta ascensión de
papel que tenéis en vuestras manos conoce
el camino y ha subido muchísimas veces,
tantas que ha perdido la cuenta, pero no
las ganas de volver.*

JOSEP LLUÍS CEBRIÁN

PRÓLOGO

LOS AMANTES

Esta es la forma en la que el mundo termina. No con un estallido, sino con un gemido.

T. S. ELLIOT

NO SIN CIERTA DIFICULTAD, ANA ARQUEÓ LA ESPALDA Y SE DES-
plazó ligeramente hacia un lado, haciendo lo posible para en-
contrar una postura que le resultase, si no cómoda, al menos
soportable. Soportable, por favor, no pedía más que eso. No pretendía
disfrutar, eso era pedir demasiado. Había espantado la idea de su ca-
beza casi antes de empezar, casi antes de detectar en los ojos de Jorge
aquel brillo que ella había aprendido a leer bien, de deseo mezclado
con súplica torpemente disimulados debajo de aquella incomprensible
timidez que mantenía sus labios inmóviles y que a ella la volvía loca;
puede que antes de que él detuviese el coche en el margen de aquel
camino poco o nada transitado, menos aún a estas horas de la noche;
incluso era posible que la idea se hubiera desvanecido mucho antes,
cuando ella había preguntado, no estaba del todo claro si inocente-
mente, «¿Dónde vamos?», y él se había encogido de hombros, reticen-
te, esbozando un parco «No sé, por ahí». Desde luego que ella com-
prendía perfectamente qué significaba aquel *por ahí*. De acuerdo,
estaba bien, quizá no iba a disfrutar (no físicamente, quería decir).
Tampoco lo necesitaba, de todos modos. Pero ya no se trataba de eso.
Ahora se contentaba simplemente con que su cara no la traicionase y
delatase su incomodidad, y que la posición no la dejase entumecida. Y,
sin embargo, algo le gritaba que ni de eso iba a ser capaz. Ridícula; en
esos momentos, sentía que su postura era sencillamente así: ridícula.

Tenía las piernas encogidas de una forma casi grotesca, el volante metido en las costillas, y, si se agitaba un poco, su cabeza golpeaba el techo. Definitivamente, el pequeño Opel azul celeste de Jorge sería muy mono para pasearlo por la Alameda, de acuerdo, muy útil los sábados por la noche para continuar la fiesta en cualquier discoteca de las afueras, vale, pero para determinadas situaciones, y esta era una de ellas, no había nada como una buena cama. Incapaz de relajarse, Ana se limitó a agitarse maquinalmente envuelta en un mal fingido placer mientras clavaba sus ojos en él, atenta a cualquier indicio que le anunciase la proximidad del final. Para el que, afortunadamente, ya no debía de faltar demasiado, a juzgar por todas aquellas señales inconfundibles: la respiración de Jorge comenzaba a ser entrecortada, atropellada, como escapando a trompicones por entre su nariz y su boca, dejando resbalar alguna que otra exclamación entre dientes a medida que ella caía rítmicamente sobre él. Incluso empezaba a empujar las pupilas hacia arriba, dejando los ojos en blanco, rúbrica inequívoca de que pronto todo habría acabado. De todos modos, y para acelerar todavía un poco más el proceso, Ana comenzó a mordisquearle la base del cuello. Tomó una de sus manos y se la llevó sobre sus senos, agitándolos con fuerza. Eran recursos infalibles: sabía que lo volvían loco. Y, efectivamente, los resultados no se hicieron esperar. En cuestión de segundos, las convulsiones de su novio aumentaron drásticamente tanto en frecuencia como en intensidad, y los leves gemidos se convirtieron en pequeños gritos. Ana hizo oscilar su cadera arriba y abajo a toda la velocidad de que fue capaz, decidida a terminar con aquello cuanto antes. Súbitamente, un grito emergió de la garganta de Jorge rasgando sus cuerdas vocales y todo se detuvo. El cuerpo del muchacho quedó rígido, envuelto en un silencio expectante. Exhausta pero satisfecha, Ana permaneció atenta a la expresión de su rostro, en el que un gesto de enorme placer parecía congelado. Le encantaba verlo así: disfrutaba de aquella visión tanto o más que de su propio placer físico. Le gustaba pensar que era capaz de tensarlo, de agitarlo, de arrancar de sus entrañas todo ese gozo y toda esa satisfacción; era un pensamiento que la hacía sentirse única, valiosa. Poderosa. Verlo disfrutar así conseguía hacer que se sintiera importante.

La rigidez y el silencio que la acompañaba duraron unos segundos, tras los cuales el sonido del aire penetrando velozmente por sus

fosas nasales y el lento relajamiento muscular indicaban que, ahora sí, todo había terminado. Ana se quitó de encima de su novio lentamente, separándose con suavidad, se sentó en el asiento del copiloto y comenzó a arreglarse la ropa. Todavía atontado por los efectos del orgasmo, Jorge dejó la mirada perdida en algún punto indefinido.

—Puf... —acertó a decir, casi en un susurro—. Casi me muero del gusto. —Después le dedicó una larga mirada a ella y, con la voz todavía entrecortada, añadió—. ¿Tú te has corrido?

—Claro —mintió ella dulcemente, sin darle importancia, mientras se subía las bragas—. Dos veces. ¿No lo has notado?

Con una media sonrisa de satisfacción impresa en la boca, Jorge se acomodó en su asiento, apurando los últimos efectos del orgasmo, que ya desaparecían. La erección empezaba a remitir, y el preservativo ya comenzaba a venirle demasiado holgado. Con una mano rebuscó en los bolsillos de sus pantalones para ver si encontraba algo con que limpiarse, mientras con la otra se sujetaba el pene para asegurarse de que no ensuciaba la tapicería del coche. Palpó el metal frío de unas llaves y unas cuantas monedas sueltas, pero nada que le fuera útil.

—Vaya, hombre... no tendrás por ahí un kleenex, ¿verdad? —le preguntó a Ana, que ahora estaba enfrascada en la tarea de abrocharse el sujetador y abotonarse la blusa.

—Toma —dijo ella, sacando un paquetito de pañuelos de papel de su diminuto bolso.

Jorge cogió el paquete.

—Voy fuera a limpiarme, ¿vale? —dijo mientras abría la puerta del coche.

—¿Fuera? —Ana lanzó una ojeada al exterior. Apenas podía divisar nada a través de los cristales empañados. La noche era muy cerrada, y no se veía un alma. Una levísima mancha de casi rutinaria preocupación tintó sus palabras—. Está muy oscuro. Debe de hacer frío.

—Es solo un momento —respondió Jorge—. Es para no pringar el coche. Vuelvo enseguida.

—Vale, pues cierra la puerta, que no quiero congelarme —sentenció ella, coqueta como una princesita—. Hace un frío que pela.

Jorge descendió del coche esbozando una media sonrisa dulzona, cerró la puerta tal como ella le había pedido (*«sus deseos son órdenes*

para mí, madame) y se alejó del vehículo. En el interior, Ana intentó alisarse la falda, pero el esfuerzo no merecía la pena: el reciente episodio de pasión nocturna la había dejado completamente arrugada. «Hecha un moco», como solían bromear ella y Jorge en estas circunstancias. El pensamiento hizo que un atisbo de sonrisa se asomara también a sus labios.

Bajó el parasol para observar su reflejo en el diminuto espejo. La fría superficie le devolvió una imagen suya desaliñada y desgredada, que desprendía indicios evidentes de aquello que acababa de suceder. Manchas rojizas salpicaban la piel de su cuello allí donde los besos de Jorge habían sido más intensos; el rímel había ido perdiendo su definición y el rosa fucsia de los labios, tan bien perfilado nada más salir de casa, ahora era poco más que un manchurrón. De un modo casi instintivo, Ana alzó la muñeca para consultar la hora en el reloj (a pesar de que en el salpicadero del Opel había un reloj digital bien gordo y bien brillante; hay ciertas cosas que ya se hacen por instinto). La una y media. Cierta sensación de alivio la recorrió. No hacía falta que se esmerase demasiado en su arreglo: a esas horas no era probable que sus padres estuvieran todavía despiertos. Y menos aún un jueves. Mejor. Así no tendría que ir dando explicaciones.

Tampoco era que las necesitase, de todos modos. Sus padres nunca habían puesto ninguna pega a sus salidas nocturnas, o a lo que hiciese o dejase de hacer con Jorge. Más bien al contrario. Desde que el muchacho había aparecido en su vida, la casa de Ana había sido invadida por un sutil entusiasmo. Desde el mismo día que Ana le contó que había conocido a un chico en Apache y que había quedado un par de veces con él, su madre había insistido en que lo subiese a casa y lo invitase cenar. Al principio se negó, por supuesto. ¿Qué iba a pensar él? Como mínimo que había topado con una desesperada, sedienta de novio y de lazos serios, eso seguro. ¿Y cómo reaccionaría? ¿Echaría a correr, asustado, y saldría para siempre de su vida? Los chicos solían ser así; solían tenerle pánico a todo lo que oliese a compromiso. «No, no es por ti; en realidad soy yo, y tal y tal», «siempre podemos ser amigos, tal y tal». «Te llamaré, tal y tal». Hale, adiós. Puerta. Así que su primera reacción a la propuesta de su madre fue una negativa rotunda, más por la duda acerca del efecto que una invitación así podría tener sobre aquel chico monín que había derra-

mado su vodka con kiwi al tropezar con ella en la sala *revenge* de Apache y había terminado pasando toda la noche hablando («sí, solo hablando, ¿puedes creerlo?») con ella, que por auténtica falta de ganas. Pero las cosas vinieron como vinieron, esto es, extraña y extraordinariamente bien, unas cosas trajeron otras, su madre siguió insistiendo, y así, a poco más de dos meses del afortunado tropezón en la pista *remember* de una discoteca, quién se lo iba a decir a él, Jorge estaba llamando al portero electrónico de su casa con una botella de vino en una mano, una caja de bombones en la otra, y con un nudo de puro nerviosismo travesado en la garganta. Nudo que, todo sea dicho, se fue deshaciendo poco a poco a medida que transcurría la velada, una velada que ambos recordaban como magnífica. Aquella noche todo había ido a la perfección. La cena fue deliciosa. La madre de Ana se había esmerado en cada detalle, y su padre había estado especialmente simpático. El hombre se encontraba a sus anchas: repasó las anécdotas, esas anécdotas que Ana casi sería capaz de recitar de memoria, de sus clases de Lengua y Literatura en el instituto, feliz de encontrar por fin a alguien que no las hubiese escuchado cientos de veces, mientras hacía descender el nivel del líquido en la botella que Jorge, correcto y detallista él, había traído consigo. Cuando terminó la cena y Ana entró en su habitación para arreglarse, su padre fue tras ella, la miró con una expresión dulce y cómplice, cargada de lo que a ella le pareció una felicidad apacible, y le dijo: «Tiene pinta de buen chico. Me alegro mucho por ti. De verdad». Ana no supo qué responder. Su padre dejó la mirada fija sobre sus ojos unos instantes, y ella notó cómo una sensación cálida ascendía por sus mejillas. Al fin, su padre bajó la mirada dispuesto a volver al salón, pero antes de salir de la habitación recordó algo, se volvió hacia ella y añadió: «Ah, por cierto. Sabes que confío en ti y en todo lo que tú hagas. Hazme un favor. Si él no tiene cuidado, tenlo tú». Y, sin decir nada más, le dejó un preservativo sobre la mesita de escritorio y salió de la habitación sin detenerse a observar la reacción de ella. Tanto mejor. Así no había visto el color rojo encendido que acto seguido le inundó el rostro. Sin embargo, lo agradeció. No el condón, por supuesto; eso era lo de menos. Agradeció sus palabras, su mirada sincera, su forma de tratarla no como a una niña, sino como a una persona adulta, sus gestos que desprendían orgullo no pronunciado pero sí mani-

fiesto. Y, finalmente, agradeció el que su padre se hubiese ido sin esperarse a ver cómo reaccionaba ella, sin obligarla a buscar burdas excusas o torpes negativas. Eso lo hacía todo más fácil. Su padre siempre sabía cómo hacerlo todo más fácil. Respirando profundamente y sintiéndose maravillosamente bien, Ana terminó de arreglarse. Antes de salir de su habitación y volver al salón, tomó el preservativo y lo guardó en su bolso. Nunca se sabe.

Quizá fue por el apoyo por parte de sus padres, quizá porque Jorge era un encanto que tenía poco o nada que ver con aquellos inmaduros con miedo al compromiso de quienes tanto les gustaba rajar a sus amigas, quizá por alguna suerte de karma o justicia poética que regía el mundo, o quizá porque ya era su momento, lo cierto era que desde el primer día todo había ido fantásticamente con él. Ahora tan solo llevaban juntos algo más de seis meses (exactamente seis meses y trece días, Ana encontraba divertido llevar la cuenta exacta), pero lo cierto era que se sentía invadida por el firme convencimiento de que Jorge iba a ser el hombre de su vida. Su hombre. Su príncipe azul. El definitivo. Qué distinto parecía todo ahora. Qué distinto era todo de cuando Vicente.

Vicente. El solo recuerdo de aquel nombre provocaba que un escalofrío le recorriera la espalda y que una sensación de asco se inflara en su estómago. Ese hijo de puta. Ese cabrón que le leía poemas de Neruda y que había estado a punto de joderle la vida. Ese desgraciado que la desvirgó, a pesar de sus negativas, sus torpes protestas y sus gemidos de dolor, cuando ella no tenía más que dieciséis años, y que, cuando hubo terminado, no tuvo otra idea que ponerse a jugar con la Playstation, mientras ella sangraba y sollozaba de dolor y frustración encerrada en el cuarto de baño. Ese hijo de puta. Ese malnacido que le había llenado la vida de promesas huecas, y que no dudó en meterse entre las piernas de su entonces mejor amiga en cuanto tuvo la oportunidad. Ese cerdo que le había roto el corazón, le había arrancado las ganas de vivir y le había provocado una crisis nerviosa y un problema de ansiedad que había tardado más de dos años en superar, por no mencionar aquel episodio aislado de anorexia que, afortunadamente, pudo ser atajado a tiempo. Ese hijo de puta.

Ana agitó la cabeza, intentando espantar esos pensamientos. Ahora ya todo había pasado. Había llegado al final del cuento, cuan-

do el príncipe y la princesa cabalgaban juntos hacia el ocaso. Jorge había conseguido devolverle unas ganas de vivir que ella, en cierto momento, había llegado a creer perdidas para siempre. Cuidaba de ella, le llevaba flores de vez en cuando, respetaba sus sentimientos, sus necesidades, sus afirmaciones y sus negativas. Por el amor de Dios, la respetaba. Y más que eso, la quería. Podía notarlo, podía olerlo. Percibía su amor tan claramente como percibía el azul del cielo, como percibía el aire penetrando sus fosas nasales en cada inhalación. Jorge había pintado su vida con colores vivos y centelleantes, con sorpresas felices y risas sin más ni más. Incluso había conseguido que disfrutase del sexo, cosa que en cierto momento hubiera jurado imposible. Ana se acomodó en su asiento. Podía decirse que ahora, en ese instante, en ese coche aparcado en el margen del camino y con esa persona, después de lo mucho que había tenido que pasar, era feliz.

El hilo de sus pensamientos la había hecho regresar al momento presente. Volvió a mirar su reflejo en el diminuto espejo, volvió a mirar el reloj, y entonces le vino a la cabeza que Jorge llevaba bastante tiempo fuera del coche. Demasiado. ¿Qué narices estaría haciendo tanto rato? Ana comenzó a impacientarse. Abrió la puerta del Opel e inmediatamente percibió el aire frío del exterior resbalando suavemente contra su rostro.

—Jorge —comenzó a decir, dándole cierto volumen a la voz—, ¿acabas ya?

Las palabras de Ana quebraron el silencio mortecino de la noche, sobre el que tan solo se recortaba el repetitivo cricrí agudo de los grillos y las chicharras, y, en unos instantes, fueron engullidas por la oscuridad. Ana permaneció atenta a una respuesta que no llegó, mientras iba sintiendo cada vez más y más frío.

—¡Jorge! —volvió a insistir, pero el grito volvió a perderse, tal como lo había hecho el anterior.

«Oh, Jorge», pensó, «ahora no, joder. Ahora no es momento para una de tus bromitas». Debatiéndose entre el fastidio que le provocaba el descender del coche y las ganas de irse de ahí, Ana decidió salir y ver qué mosca le había picado ahora a su novio. Seguro que estaba esperándola fuera para darle un susto, o para sorprenderla con alguna de aquellas ideas absurdas que, de vez en cuando, estallaban en la

cabeza del muchacho. Normalmente conseguían arrancarle una sonrisa. Pero hoy no. No a la una y media de la noche, en un caminucho de las afueras, y con este frío. Esta vez la situación le restaba gracia a cualquiera que fuera su ocurrencia. Mucho tendría que esmerarse en esta ocasión para hacerla reír. Se echó encima la chaqueta que llevaba en el asiento de atrás y salió a buscarlo.

—Jorge —dijo mientras descendía del coche—, ¿dónde coño estás? Es muy tarde. Quiero irme a casa.

Las palabras escapaban de sus labios envueltas en vaho. Su mandíbula empezó a castañetear de frío. La noche era muy cerrada. Tanto, que apenas conseguía intuir la forma de los alrededores. A lo lejos tintineaban tenuemente las luces de la ciudad, pero no bastaban para iluminar su posición. Apretó el paso y se dirigió hacia el punto en el que había visto a Jorge alejarse del vehículo. El silencio de la noche le devolvía el murmullo de sus pisadas sobre la gravilla del lugar, el rumor de su propia respiración y el canto de los insectos, pero nada que delatase la presencia del muchacho. Dio algún paso más, reticente a alejarse demasiado del Opel.

—¡Jorge! —alzó la voz—. Por favor... estoy empezando a asustarme. ¡Ya está bien!

Una vez más, el silencio acabó por engullir el sonido de su voz. Ana empezaba a ponerse nerviosa. Harta de la situación y de estar privada de vista y de oído, se dirigió hacia el coche, abrió la puerta del conductor y encendió los faros. La luz consiguió dibujar toda una serie de bultos a su alrededor. Ana lanzó una rápida mirada al lugar en el que se encontraba, intentando identificar las formas, las siluetas ondeantes de la vegetación, la traza del camino que habían seguido para llegar hasta aquí, las piedras que alfombraban aquel pequeño descampado. Y sin embargo, no parecía haber señales de Jorge, que se había dirigido hacia la parte trasera del coche, hacia la carretera, donde la luz no alcanzaba. Ana notó cómo su pulso empezaba a acelerarse. Un martilleo nervioso empezó a palparle en las sienas.

—¡Jorge! —insistió—. ¡No tiene gracia, joder!

Ana tragó saliva pesadamente. Respiraba con dificultad. El aire frío entraba en sus fosas nasales arrastrando consigo una sensación punzante. Algunas ideas descabelladas empezaban a apelotonarse caóticamente en su cabeza. ¿Dónde narices se habría metido Jorge? Ana per-

cibía una sequedad profunda en la garganta, y el temblor de su mandíbula se había acentuado, aunque el motivo no estaba del todo claro. Una sensación angustiante le llenaba la boca del estómago. Ahora mismo deseaba encontrarse muy lejos de ahí. Le temblaban las manos, las piernas, y sentía como si dentro de poco fuera a romper a llorar.

Un gemido mortecino proveniente de las sombras, al otro lado de la carretera, la sorprendió. Ana giró la cabeza bruscamente, intentando identificar el origen de aquel apagado murmullo. Creyó intuir algo así como un bulto dejado caer junto al asfalto, a cinco o seis metros de la parte trasera del coche, pero el resplandor rojizo de las luces traseras no le permitía ver mucho más. Con el corazón en un puño, avanzó torpemente mientras sentía cómo su corazón golpeaba con fuerza debajo del pecho.

—¿Jorge? —se atrevió a decir, y las palabras escaparon en un hillo de voz.

A medida que se alejaba del Opel el bulto empezaba a cobrar algún detalle. Era grande, daba la impresión de ser una especie de fardo abandonado en el suelo, pero se movía ligeramente y producía aquella especie de gemido, un leve gorgoteo, que antes la había sorprendido.

—Jorge, ¿eres tú?

La respiración de Ana se hacía cada vez más rápida y pesada. Ahora apenas era consciente del frío. Dio unos pasos más y, con la proximidad, el fardo pareció adquirir unos contornos más concretos, el detalle de unas sombras que reflejaban el volumen, los pliegues de una textura similar a la de la ropa, la forma

(ohDiosmíoDiosmíono)

apreciablemente más definida. Había una regularidad en aquello que le resultaba insoportablemente familiar, y ese sentimiento de familiaridad le provocó que algo se enredase en la tráquea y le congelase el alma más de lo que lo había hecho la gélida brisa nocturna. Se encontraba a escasos metros de

(SeñorporfavornoDiosmíoquenoseaélDiosmíono)

aquel bulto cuando fue capaz de identificar un detalle concreto.

(No).

En la parte más próxima a ella destacaba el color claro y la forma fácilmente reconocible de lo que, sin lugar a dudas, eran

(nonononono)

los movimientos que había percibido antes eran los estertores del cuerpo agonizante, lo que hizo que sus ganas de vomitar se acentuaran. Pero no era el momento. Ahora no. Tenía que salir de ahí. Tenía que largarse. Intentando dominar su cuerpo, se obligó a sí misma a retroceder hacia la seguridad del coche. Dentro de ella, a dentelladas secas, la culpabilidad por abandonar a su novio se revolvía contra un primitivo instinto de supervivencia. Retrocedió torpemente, sin poder apartar los ojos anegados en lágrimas del cuerpo del muchacho. Solo unos pasos más y encontraría la seguridad del vehículo.

Aceleró el paso, percibiendo la proximidad del coche cuando, de repente, chocó contra algo que se había interpuesto en su camino. Sobresaltada, Ana se dio la vuelta para ver qué era aquello que ahora le bloqueaba el paso, pero le fue imposible. En el mismo momento en que ella se giraba, un golpe de una fuerza terrible se estrelló contra su cara, provocándole un estallido de dolor.

Después, la noche se hizo todavía más oscura.